

Escribir sin papel

Relatos fantásticos



LEIPZIG

Fernando Ruiz de Osma Delatas

Puedes encontrar este texto y todos los publicados por el autor en [www.escribirsinpapel.es](http://www.escribirsinpapel.es)  
Textos de libre difusión citando origen y autoría.



## LEIPZIG

María Fonts, una joven catalana que aspiraba al virtuosismo en el manejo de la viola, llevaba ya tres años viviendo en la ciudad alemana de Leipzig. Disfrutaba de una beca para músicos que sufragaban a medias el gobierno español y la Universidad de Leipzig. Entraba por la mañana en la Escuela Superior de Música y Teatro Félix Mendelssohn y dejaba que allí pasaran las horas del día, sin que la asustara salir de noche de allí y recorrer el camino hasta su casa por las calles vacías. Después, ya en su casa, volvía a practicar aún un poco más lo que había aprendido o ejercitado en las clases con sus profesores. Los vecinos –mejor dicho, las vecinas, porque solo tres viudas casi ancianas vivían en el mismo bloque- no solo no protestaban sino que acogían con agrado los compases de la viola y en más de una ocasión habían felicitado a María por su música. Frau Engels le dijo que le alegraba el espíritu y que después de oír su viola se iba a la cama con una plena sensación de bienestar.

María era tímida, como suele suceder a los músicos. Quizá sea por las horas que deben pasar a solas con sus partituras, que los apartan del contacto con los demás; o quizá sea su propia timidez lo que los empuja a dedicarse a la música. María era, sin embargo, muy cariñosa con todos aquellos con los que mantenía alguna relación, como con sus tres vecinas. Aun así, le costaba abrir la conversación a los temas que tenían que ver con ella misma. Sus amigos la querían, sí, pero apenas sabían algunos datos de ella, todos muy generales. Debido a su fisonomía, rubia, delgada, con los pómulos muy marcados y los ojos almendrados, muchos la tomaban por eslava. Contribuía a ello el apellido, irreconocible para un alemán como apellido español. Así que incluso había tenido profesores que, después de haberle dado clase durante un año completo, pensaban que sería polaca, o quizá letona.

María solía pasear sola por las calles de Leipzig. En sus paseos, recordaba las notas de una pieza difícil o que le gustase especialmente. No tarareaba, ni siquiera en su cabeza, solo repasaba las notas, nombrándolas solamente con la duración que debían tener, pero olvidándose de la melodía. Y a la vez recorría la calle, veía los escaparates nuevos o esperaba con paciencia los movimientos de las aves sentada en un banco.

A los pocos meses de llegar a Alemania, María se obsesionó con los modales y la conducta general de un profesor de canto. No era su profesor, solo lo veía en la cafetería y sabía de él lo que sus compañeros, alumnos de canto, le contaban sobre él. Entonces María comenzó a imitar sin pretenderlo sus maneras, la forma de andar erguido, el tono de voz tan estudiado, el uso de determinadas expresiones más bien anticuadas o demasiado educadas. Andaba como él, movía las manos como él, giraba la cabeza como él. Hasta pedía el café como lo pedía él, solo y con poco azúcar, con un pastel de manzana que le servía cada tarde de cena. Nadie asoció los cambios de María con el profesor de canto. Solo ella sabía que lo imitaba y que no podía evitarlo. Tampoco quería, porque no consideraba que esto fuese preocupante. No sentía por ese hombre ningún tipo de atracción, fuera de su deseo de actuar como él. Al cabo de unas pocas semanas se olvidó de ello y volvió a ser como siempre.

En uno de sus paseos, María se fijó en una mujer que atendía la caja en una pastelería. Después de pensar un poco mirándola con discreción, la reconoció como la persona que vivía justo enfrente de su casa, en un bloque cercano de la misma calle. Este descubrimiento provocó un pequeño regocijo en el corazón de María. Había puesto un contexto a la figura que veía a menudo desde su ventana, sin saber de ella nada hasta ahora. En la pequeña identificación que llevaba en su solapa pudo enterarse de que se llamaba Anne. Vio que trataba a los clientes con una educación visible y al mismo tiempo con la familiaridad justa para que todo el mundo se sintiera bien en su presencia. Al volver a su casa esa tarde, fue pensando en Frau Anne, dispuesta a observar desde su ventana para descubrir algún detalle más de su vida.

Fue al poco tiempo a la misma pastelería. Acabó haciéndose una clienta habitual, aunque nunca compraba lo mismo, para no ser reconocible. O al menos eso pensó. Ella iba allí más por ver a Frau Anne que por los pasteles, aunque reconocía que el obrador era de primera categoría. En dos semanas hablaba como Frau Anne, vestía con su estilo, usando un fular desmadejado sobre los hombros, sonreía con alegría a todo el mundo, terminaba sus frases con una entonación ascendente y se recogió el pelo como ella, pareciendo bastante mayor de lo que era. Imitaba conscientemente su trato con los demás, su carácter jovial y abierto. Con sus profesores se comportaba así, también con sus amigos. Pedía la consumición en un bar como si ella fuese la camarera, en un intento de agradar al propio camarero. Vio en una tienda un jersey igual que otro que llevaba Frau Anne y no dudó al entrar a comprarlo. Fue desde entonces su jersey más usado, hasta cuando iba a la pastelería.

Se dio cuenta en sus observaciones por la ventana de las costumbres de la mujer, por otro lado bastante corrientes. Pero si veía que Frau Anne solía limpiar la casa los jueves, antes de ir a trabajar, ella tomó también la costumbre de limpiar su piso los jueves. Si distinguía el programa de televisión que estaba viendo la vecina, enseguida encendía el aparato y ella se ponía a verlo. Si descubría en qué tienda compraba Frau Anne la comida o el pan, ella no buscaba otra tienda y hacía sus compras siempre allí mismo.

También fue pasajera esta obsesión. Tampoco supuso para María ningún tropiezo ni ningún problema ni personal ni profesional. Después de un par de meses, acabó por olvidar a su pastelera y volvió a sus rutinas habituales.

Sus amigos, sus compañeros y sus profesores notaban los cambios en las actitudes de María y los comentaban entre ellos. Pero lo hacían más como algo curioso que como algo preocupante. Incluso permitían que el genio alemán, tan poco dado a la ironía, hiciera algún chiste sobre el asunto, que acababa en alguna risa y varias sonrisas.

Un domingo soleado y sereno, María paseaba por los alrededores de la Iglesia Ortodoxa Rusa. Observaba su arquitectura, pesada y sin gracia, y se imaginaba un cohete espacial cuadrado a punto de abandonar la base. Una mujer, una voz de mujer, le pidió que le diera un cigarrillo. Como no tenía, probó entonces con una moneda. María era muy mirada con su escaso capital, así que pronunció una excusa. La mujer entonces le pidió que le diera el periódico que María llevaba en la mano. Lo había leído ya, así que no vio inconveniente en darle aquellas hojas.

¿Para qué las querría? ¿Cómo puede una mujer así usar un periódico? María observaba, ya algo alejada, a la mujer. Era una menesterosa, anciana o casi anciana, vestida con dos abrigos llenos de manchas, con un sombrero que fue elegante. Estaba sentada royendo unos trozos de pan y de un bolso sacaba algo que masticaba con deleite, quizá trozos de salchicha que rompía dentro del bolso o que llevaba ya rotos. A su lado había un carrito de la compra algo destartado. Era la imagen arquetípica de la mujer pobre. ¿Qué iba a hacer con el periódico? No parecía estar al tanto de la realidad, sino más bien muy alejada de ella. María sabía que algunas personas que se ven obligadas a vivir en la calle usan periódicos para taparse por la noche. Nunca había comprendido esa costumbre, pues le parecía que un periódico no protege nada del frío y añade una gran incomodidad a una situación ya de por sí bien incómoda. Acabó por sentarse en un banco desde el que veía a una distancia prudente a la anciana pordiosera, por ver si finalmente la veía usar su periódico. “Quince minutos, veinte como máximo”, pensó, porque se conocía y no quería estar toda la mañana espiando a la vieja.

No tardó tanto la mujer en usar el periódico de María. Lo abrió en cuanto acabó su comida. Iba mirando las hojas y parecía que se detenía en algunas noticias o fotos. Entonces, a la vista de una de estas noticias o fotos, comenzó a reírse a carcajadas. Siguió pasando hojas y aquí y allí se detenía y se reía verdaderamente divertida. A María se le abría una sonrisa al verla, no podía evitarlo. La mujer repasó el diario después de pasar un buen rato de diversión, por lo que parecía. Entonces se metió la mano por dentro de la ropa y de todas partes extrajo hojas de periódico que llevaba bajo sus camisetitas y camisas. Conforme las sacaba, las arrojaba al suelo y las olvidaba. Luego fue deshaciendo el nuevo periódico, doblando con cuidado sus hojas enormes, haciendo los pliegues justos que conocía perfectamente, e introduciéndolos allí de donde antes acababa de sacar los otros.

Cuando acabó, María tenía la boca abierta, no lo podía evitar. La mujer se levantó, tiró de su carrito y fue a dejarlo medio oculto tras un arbusto de los que adornan el entorno de la iglesia. Sin prisa, bamboleando su pequeño cuerpecillo, se fue. El sombrero se movía como una bandera.

Atraída por la mujer sin saber por qué, María pasó varios días pensando en ella, en su manera segura de comportarse, en su conocimiento aparente del mundo. Al domingo siguiente fue a la iglesia rusa a encontrarse con la mujer. La encontró en poco tiempo, parecía que la mujer frecuentaba esa zona o incluso la tenía como domicilio, si es que los que viven en la calle pueden usar esa palabra. La observó, la siguió todo el día sin sentir el hambre ni el cansancio. Cada vez más convencida, María miraba su manera de hablar con los otros indigentes. Tenía un gesto especial con la cabeza, la levantaba estirando el cuello y acababa con un zarandeo a ambos lados. Usaba esto a menudo y muchas veces acababa el gesto con una risotada desinhibida, feliz. Eso era lo que más gustaba a María, que la mujer parecía siempre feliz, o por lo menos ajena a su propia desgracia. Para María, vivir como esa pobre vivía era una desgracia.

Desde ese segundo encuentro, María adoptó inconscientemente gestos de la vieja. Sobre todo la risotada con la que acababa muchas de sus frases. Sonreía casi siempre. Andaba descuidando el paso, casi chocando con las cosas.

Sus amigos y sus profesores fueron testigos de cómo, al cabo de pocas semanas, María vestía como una pordiosera, acarreando siempre un enorme bolso en el que guardaba cosas incomprensibles que iba encontrando o incluso pidiendo.

Un día, abrigada internamente con hojas de periódico, pasó la noche fuera de su casa y durmió al amparo de la entrada a un garaje, junto con otros dos cuerpos. Ya no volvió a su casa. Perdió el contacto con su familia. Desorientada, dejó de asistir a sus clases. Tocaba la viola en la calle y conseguía algunas monedas para comer. Si se cruzaba alguna vez con la vieja de la iglesia rusa, procuraba ocultarse y la seguía unos minutos. Luego volvía a ensimismarse tras una sonrisa perpetua.

Paseaba por Leipzig su feliz sonrisa igual que mostraba su virtuosismo en el manejo de la viola.